

# La Cacería de Sandino

## The Hunt for Sandino

Por/by Gabriela Mistral

*Gabriela Mistral nació hace cien años; la Revolución Sandinista triunfó hace diez. Como un homenaje a ambas, Aquelarre se complace en reproducir este texto de la poeta chilena, ganadora del Premio Nobel de Literatura en 1945. Esta, por cierto, no es la Gabriela Mistral que se nos ha presentado en el pasado. La única Gabriela que conocimos por años fue la que habló de sentimientos personales, niños y su filosofía existencial de la vida. En América Latina nos escondieron a la Gabriela política por décadas. Afortunadamente, ahora ha comenzado a emerger.*

Mister Hoover ha declarado a Sandino "fuera de la ley". Ignorando eso que llaman derecho internacional, se entiende, sin embargo, que los Estados Unidos hablan del territorio nicaragüense como del propio, porque no se comprende la declaración sino como lanzada sobre uno de sus ciudadanos: "Fuera de la ley norteamericana."

Los desgraciados políticos nicaragüenses, cuando pidieron contra Sandino el auxilio norteamericano, tal vez no supieron imaginar lo que hacían y tal vez se asusten hoy de la cadena de derechos que han creado al extrañío y del despeñadero de concesiones por el cual echaron a rodar su país.

La frase cecedora de Mr. Hoover suena a ese "Halalí" de las grandes cacerías, cuando sobre la presa que ha asomado el bulto en un claro del bosque, el cuerno llamador arroja a la jauría. Es numerosa la jauría esta vez hasta ser fantástica: sobre unas lomas caerán cinco mil hombres y decenas de aeroplanos. También equivale la frase a la otra de uso primitivo: "Tantos miles de pesos por tal cabeza", usada en toda tierra por los hombres de presa.

Lástima grande que la cabeza enlodada del herrero que la prensa yanqui llama "bandido", sea, por rara ocurrencia, una cabeza a la cual sigue anhelante el continente donde vive toda su raza y una pieza que desde Europa llaman de héroe nato y de criatura providencial los que saben nombrar bien.

*This year marks the 100th anniversary of the birth of Gabriela Mistral, Chilean poet and Nobel Prize winner in 1945. The Sandinista revolution also celebrated its tenth anniversary this summer. As a tribute to both, Aquelarre is pleased to reprint a text written by Mistral in 1931, about Sandino and the U.S. intervention in Nicaragua. It reveals a hidden side of Gabriela: she who only spoke of personal feelings, of children and of an existential philosophy of life, comes through here as a passionate political observer.*

Sandino has been declared an "outlaw" by Mr. Hoover. It can only be understood from this that the United States has forgotten the concept of international law and considers Nicaraguan territory to be its own. While Mr. Hoover seems to be referring to one of his fellow countrymen, what is really meant here is: "Outside of U.S. law."

The wretched Nicaraguan politicians who begged for North American assistance in their fight against Sandino perhaps did not have the imagination to foresee the consequences of such a request. They may be frightened today by the string of rights they have granted the outsider and by the landslide of concessions they have made without an afterthought.

Mr. Hoover's scathing pronouncement is akin to the rallying cry at the start of the hunting season, urging the pack to go after its prey; however, this pack is of phenomenal proportions, five thousand men and dozens of planes to be deployed over a few hills. It also evokes the no less primitive universal practice of prize-hunting: "So much per head."

Ironically, the muddled head of Sandino, this blacksmith labelled "bandido" by the yankee media, is also one being anxiously followed by an entire continent of men and women; in Europe, he is being hailed as a born hero and messenger of providence by those who do not have a fear of words.

Our blacksmith bears more resemblance to Hercules than to the hellish Pluto imagined by Mr.



El herrero se parece más a Hércules que al Plutón infernal que ve Mr. Hoover. Enlodado corre por las cuchillas, a causa de los pantanos en que ha de escurrirse como culebra; carga las dos o tres pistolas que le dan las fotografías de los semanarios neoyorquinos porque corre perseguido por los ajenos y los propios, y cada árbol y cada piedra de su región le son desleales; y su defensa toma aspecto de locura porque vive un caso fabuloso como para voltear a cualquiera la masa de sangre.

Desde los años 1810, o sea desde el aluvión guerrero que bajó desde México y Caracas hasta Chile, rompiéndolo todo para salvar una sola cosa, no habíamos vivido con nuestra expectación un trance semejante.

Mr. Hoover, mal informado a pesar de sus veintiún embajadas, no sabe que el hombrecito Sandino, moruno, plebeyo e infeliz ha tomado como un garfio la admiración de su raza, excepto uno que otro traidorzuelo o alma seca del Sur. Si lo supiese, a pesar de la impermeabilidad a la opinión pública de la Casa Blanca (la palabra es de un periodista yanqui) se pondría a voltear esta pieza de fragua y de pelotón militar, tan parecida a los Páez, a los Artigas y a los Carreras, se volvería, a lo menos, caviloso y pararía la segunda movilización.

El guerrillero no es el mineral simple que él ve y que le parece un bandido químicamente puro; no es un pasmo militar a lo Pancho Villa, congestionado de ganas de matar, borracho de fechoría afortunada y cortador de cabeza a lo cuento de Salgari. Ha convencido desde la prensa francesa y el aprecio español hasta el último escritor sudamericano que suele leer, temblándole el pulso, el cable que le informa de que su Sandino sigue vivo.

Tal vez caiga ahora esa cabeza sin peinar que trae locas las cabezas acepilladas de los marinos ocupantes; tal vez sea esta ocasión la última en el mi-llar de las jugadas y pérdidas por el invasor. Ya no se trata de una búsqueda sino de una cacería, como decimos.

Pero los marinos de Mr. Hoover van a recoger en sus manos un trofeo en el que casi todos los del Sur veremos nuestra sangre y sentiremos el choque del amputado que ve caer su muñón. Mala mirada vamos a echarles y un voto diremos bajito o fuerte que no hemos dicho nunca hasta ahora, a pesar de Santo Domingo y de Haití: "¡Malaventurados sean!"

Porque la identificación ya comienza y a la muerte de Sandino se hará de un golpe quedándose en el bloque. El guerrillero es, en un solo cuerpo, nuestro Páez, nuestro Morelos, nuestro Carrera y nuestro Artigas. La faena es igual; el trance es el mismo.

Nos hará vivir Mr. Hoover, eso sí, una sensación de unidad continental no probada ni en 1810 por la guerra de la independencia, porque este héroe no es local, aunque se mueva de un kilómetro de suelo rural, sino rigurosamente racial. Mr. Hoover va a conseguir, sin buscarlo, algo que nosotros mismos no habíamos logrado; sentirnos uno de punta a cabo del Continente en la muerte de Augusto Sandino.

*Nueva York, 1931*

Hoover. His soiled shadow can be seen meandering like a snake around the swamps of Nicaragua; he carries the two or three guns made famous by photographs of the New York magazines, chased by foreigners and fellow countrymen alike, distrustful of every tree and rock. How can one not appear insane, under such conditions, when the struggle for self-preservation is so intense, when there seems to be nothing else surrounding you but a bloodbath.

Our peoples had not lived through such times and with such feelings of expectation since the 1810s, when the floodtide of war descended from Mexico and Caracas all the way to Chile, destroying everything in its wake for the sole purpose of saving one single thing.

Mr. Hoover is misinformed, in spite of his many embassies; he does not know that Sandino, this small, dark man, a commoner and a good-for-nothing, has managed to capture the admiration of an entire race, with the exception of a few poor soulless traitors here and there in the South. If he did, he would move quickly to knock down this insignificant piece of military hardware, despite the so-called impermeability of the White House to public opinion; he would at least be cautious, and put a stop to the second invasion.

Sandino the guerrillero does not conform to the typical portrait of the bandit painted by Mr. Hoover. He is not a military wonder in the style of Pancho Villa, full of desire to kill, drunk with misdeed, an executioner. Sandino has succeeded in winning over the French media; he has gained the sympathy of the Spaniards. He has made every South American writer await anxiously the cable announcing that he is still alive.

It may be that this time, this disheveled head which has been driving the well-groomed heads of the Marines crazy will fall. It will perhaps be the last of thousands of moves and losses on the part of the invaders. The search for Sandino has turned into a hunt.

In this trophy so sought after by Mr. Hoover's Marines we will not fail to recognize our own blood; we will feel the shock of the amputee watching his own limb fall. We will pronounce in low or high voice a curse never invoked until now, not even after Santo Domingo and Haiti (1): "Let them be damned!"

Sandino has been unmistakably acknowledged as one of our own, and his death will only confirm his consecration as a hero, along with Páez, Morelos, Carrera and Artigas (2). The historical task at hand has not changed; the moment is as crucial as ever.

Mr. Hoover will have created, no less, a feeling of continental unity unsurpassed before, even during the 1810 War of Independence. We are not dealing here with a mere local hero, although his territory may seem limited to a square kilometer of rural land. Mr. Hoover will help us achieve, in spite of himself, something we had not been able to do ourselves: to feel one and indivisible, from one end of the continent to the other, because of the death of Augusto Sandino.

*New York, 1931*

(1) Mistral is referring to U.S. prior invasions to these countries.

(2) Heroes of the Latin American Independence War. Original (in Spanish) printed in Chile by the Alejandro Lipschutz Institute in 1989.